
25 años
del *Premio*
de Poesía Joven
«Antonio Carvajal»
(1998-2022)



poesía Hiperión

A CARA DESCUBIERTA

Desde 1979, en que formé parte del jurado del Premio “García Lorca” de la Universidad de Granada, y hasta hoy mismo, puedo afirmar que mi experiencia como miembro de distintos jurados ha sido larga y, desde luego, fructífera en lo personal. En este sentido, no dejo de agradecer a quienes depositan en mí tal responsabilidad que se me arranque cada cierto tiempo de la investigación y docencia en teoría de la literatura para acceder inerme a la lectura de obras poéticas originales e inéditas con el obvio fin no sólo de premiar una de ellas, sino también el más íntimo y recurrente de hallar entre las mismas un tesoro verbal de belleza que compartir con otros lectores, sin otro interés añadido que azuzar el fuego de la vida con las profundas emociones, elevadas experiencias y cierto saber que la poesía procura.

Ahora bien, en el caso del Premio Internacional de Poesía Joven “Antonio Carvajal”, lo que me gustó sobremanera desde el principio es que se tratara de un premio destinado a poetas jóvenes y, además, obligados a concurrir a cara descubierta; también, que se apostara por la estabilidad del jurado en la mayoría de sus miembros para facilitar así la memoria de la trayectoria desarrollada y afinar año tras año en el trazado de una imaginaria línea de calidad media de los libros. En cualquier caso, lo que trato de subrayar es que tanto autores como miembros del jurado, todos, hemos dado la cara desde el principio, empezando, claro está, por la del poeta mentor del premio, Antonio Carvajal, cuyo nombre, ganada autoridad y consolidada trayectoria puso con los ojos cerrados al servicio de un proyecto generoso pensado para creadores jóvenes.

Pues bien, tras un cuarto de siglo de vida del premio y a la vista de los resultados, podemos inferir que la decisión de poner cara y procurar así la máxima transparencia en el proceso fue acertada y, a la postre, beneficiosa para quienes año tras año acuden con los frutos de su invención poética en busca, según me consta, no tanto de una bolsa

como de encontrar a sus pares, los lectores, a través de la publicación de su libro en un medio editorial consolidado en el dominio de la poesía en nuestra lengua, Hiperión, y a la sombra del nombre de un poeta que hace casi cincuenta y cinco años estampó con juvenil y risueño descaro su nombre y fotografía en la cubierta y contracubierta de *Tigres en el jardín*, libro gozoso de amor y naturaleza fruto de un estado moral del poeta, vivo a día de hoy y reencarnado en cada convocatoria del premio, que podría resumirse así: el de “engendrar, conservar y transmitir la belleza”.

No otra cosa hemos procurado la *extravagante jerarquía* de quienes habitamos esta pequeña parcela del mundo de la cultura en la lengua de Góngora, Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Vicente Aleixandre año tras año, desde 1998 hasta hoy mismo, con la secreta esperanza de hallar una voz entre las voces y el libro entre unos libros. Pero, con no ser menores los aspectos señalados del premio, hay uno más que merece ser destacado: lo que vale como apuesta por el futuro de la poesía en las personas de quienes a su amparo han publicado y publicarán su, por lo general, primer libro. En este sentido y con la vista puesta en la nómina de los veinticinco ganadores, puedo afirmar que estamos ganando la apuesta.

Larga vida a la aventura sin fin de perseguir hallar el libro entre unos libros y de poder así compartirlo.

ANTONIO CHICHARRO